

nocen los resultados, no es mucho de fiar. Hay directores y grupos que son capaces de elaborar deslumbradoras consideraciones sobre sus montajes, a condición de que no los hayamos visto. Tales textos, en definitiva, son refrito de lecturas, delineación de ambiciones, inconscientes autojustificaciones, autobiografías frustradas, más que verdadero material de trabajo en íntima relación con los resultados escénicos obtenidos. El caso del abundante material incluido en el volumen que comentamos es distinto. Lógicamente, contiene sólo una pequeña parte de la labor que puede conducir a un grupo de treinta y tantas personas, a través de innumerables improvisaciones, ejercicios y lecciones de historia y de política, a elaborar dos espectáculos sobre dos momentos claves y distintos de la Revolución Francesa. Pero es suficiente para que comprendamos el método de trabajo, su dificultad, sus conflictos y, sobre todo, el cuadro humano, el tipo de relación, la comunidad artística y política, que lo hacen posible. Que permiten trascender una teoría ética a hecho teatral consecuente. ■ JOSE MONLEON.

Horcas, rollos, picotas y delincuentes

«En lo alto de una redondeada colina nace de unas afloraciones de granito, como si fuera el tallo de un vegetal de piedra». Así está la picota en las afueras del pueblo donde jugara de niño don Constancio Bernaldo de Quirós, que al mirarla «sentía la curiosidad de saber las historias que el sobrio monumento podría decir si hablara».

Algunas historias de esas investigó don Constancio cuando, ya de mayor, dedicó su vida —«larga y ejemplar», «modesta, casi humilde», la calificó su discípulo Jiménez de Asúa— al Derecho Penal

y a la criminología (1). Estas investigaciones las reunió en un pequeño volumen publicado por vez primera en 1907 y reeditado ahora con prólogo del profesor Antón Oneca por Ediciones Turner con «Figuras delincuentes», publicada dos años después (2).

El rollo y la picota, directos descendientes de la horca, con que los señores señalaban a veces el límite de sus territorios a la manera que hace el león con su rugido, ligados y fundidos en Castilla, eran lugar de ejecución y de vergüenza. Columna de granito infamante, donde se acababa exponiendo la cabeza, o los miembros mutilados y sangrantes de algún desgraciado que caía en manos de la expeditiva

(1) Luis Jiménez de Asúa: «La larga y ejemplar vida de Constancio Bernaldo de Quirós».

(2) Turner ha publicado también «El espartaquismo agrario andaluz», donde se recoge como prólogo el trabajo de Asúa anteriormente citado, y «El bandolerismo andaluz», con Luis Ardiela. Otra edición de «El espartaquismo...» apareció al tiempo en Ediciones de la Revista de Trabajo, con otros ensayos sobre la estructura económica y social de Andalucía, seleccionados y prologados por el profesor José Luis García Delgado.



Don Constancio Bernaldo de Quirós.

justicia o injusticia de la época. En ocasiones, las justicias eran tantas que los muertos colgaban arracimados de los árboles, como en el clásico pasaje del «Quijote».

Estudia nuestro investigador el origen y evolución (incluso desde el punto de vista arquitectónico) del rollo y la picota. Rollo de gran sobriedad al principio, pero en el que luego —siguiendo con la imagen vegetal citada más arriba— «el tronco florece en capitel». En el siglo XIII, por influencia francesa,

se colocaría un blasón en lo alto. Llega unido el blasón a un proceso de consolidación del poder real y en no pocos casos al grabarlo se borraban las armas señoriales representativas de quien antes del rey dispensaba por allí la justicia... A lo largo de los siglos se desarrollaron «en torno al sencillo monumento» citas de amor, duelos, ocios, esperas, etc... También, dice Quirós, «se ha bailado a su alrededor; rojizo bajo las llamas de la noche de San Juan, en que se perpetúa el culto del terrible y pre-

cioso fuego» (3); asimismo, allí fueron las sesiones del Concejo, el reposo de los caminantes...

Muerto, más no sepultado, reposó allí el delincuente o los trozos que quedaban del despedazado delincuente. A veces sus huesos caían al suelo, después que su carne había sido comida por los cuervos y buitres. Nacieron hermandades de misericordia para enterrarlos, en muchos casos al pie mismo de la picota, como los comuneros decapitados en Villalar.

El estudio de Bernaldo de Quirós —breve, pero muy completo— mantiene todavía su interés intacto. De fácil lectura, no le faltan en ocasiones rasgos de humor, como cuando dice que en los procedimientos materiales de las ejecuciones «se repite, paso a paso, la evolución del trabajo humano» o cuando califica de «triste ciencia» al Derecho Penal, que ven-

(3) El baile de la noche de San Juan alrededor del rollo, se transforma en otros lugares, por ejemplo en el Andévalo andaluz, en baile de honor de la fecundidad, en torno a un pino (pene), llamado también «mastro» (macho). Sobre este tema publicó un interesante artículo Ernesto Feria Jaldón («El significado del "pino o mástro" en «Odiel», de Huelva.

dría a repetir y justificar seis años más tarde en el prólogo a una obra de Jiménez de Asúa (4). Maneja el autor una considerable nómina de autores, penalistas, sociólogos, antropólogos, juristas, folcloristas, etc... Y así vemos pasar en citas y notas a Tarde, Durkheim, Dorado Montero, Salillas, Zuccarelli, Rodríguez Marín, Machado, Frazer, Spencer, Lombroso... Más de una vez aparece este último, de manera expresa o tácita, como cuando el autor se refiere a los delincuentes natos (así, por ejemplo, en las páginas 53, 69, 70, 117, 129). Y no faltan las digresiones antropológicas, tan de la época; o las muestras de saberes geológico-excursionistas, a los que don Constancio (como hijo que fue de la Institución Libre de Enseñanza) tan aficionado era (5); e incluso las ecológicas, como al hablar del lobo en términos que hoy llenarían de ternura al doctor Rodríguez de la Fuente.

La segunda parte es «una corta galería de antiguas figuras delincuentes de triste recordación»: Luis Candelas, los Marina, los Corbachos (al hablar de ellos cita sin nombrarlo «el inteligente corresponsal que El Día había enviado». Digamos que este «inteligente corresponsal» era don Leopoldo Alas «Clarín»), la Serrana de la Vera, las brujas de Zugarramurdi, Garayo. Son un variado espectro de la criminalidad, dice el autor. Más de uno está visto lombrosianamente.

Señalemos para terminar y a propósito de esta cuidada edición un descuido: En la porta-

(4) «He consentido escribir este Prólogo al frente de un libro de Derecho Penal en una época en que cada vez me alejo más de su campo y voy, día por día, guiado por nuevas preferencias, a otros paisajes mejores, sobre los que no pesa la doble tristeza de plomo de los crímenes y las penas». (Citado por García Delgado.)

(5) Bernaldo de Quirós escribió diversos libros sobre montañismo, dedicados a Peñalara y Guadarrama.

SEVILLA

TRATANDO DE RESTITUIR A BLANCO WHITE

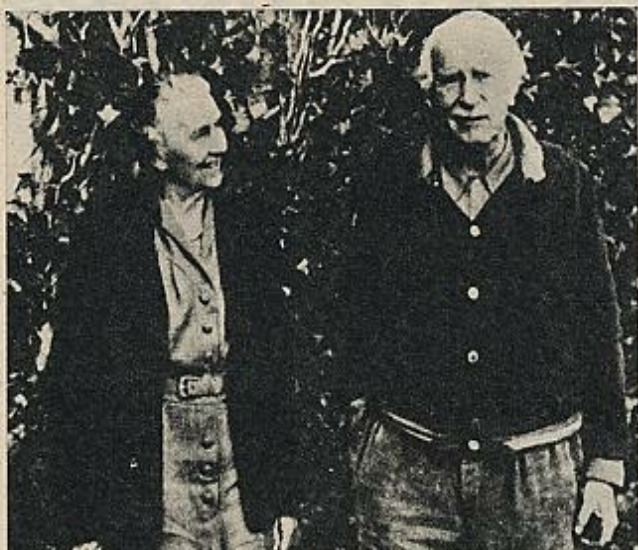
El Club Gorca ha montado un homenaje en el segundo centenario de su nacimiento en Sevilla a la figura de Blanco.

Se han celebrado tres conferencias con este motivo. La primera de ellas, a cargo de Gabio Fernández Campo, bajo el título de «Las crisis religiosas de Blanco White»; la segunda, pronunciada por Fernando Ortiz y titulada «Actualidad y ética en el periodismo de Blanco» —en la que el conferenciante daría a conocer parte de algunos artículos políticos de Blanco, de palpante actualidad— y la última, pronunciada por Vicente Lloréns en el aula de Filosofía y Letras de la Universidad hispalense, bajo el título de «En busca de Blanco». Las dos primeras fueron celebradas en los locales del Club Gorca y la última, como se dice, en la Universidad, siendo presentado el profesor Lloréns por el catedrático don Francisco López Estrada. En esta última —tendrá ello algo que ver con el «quiero y no puedo» (puede entenderse también al revés) que se detecta en muchos estamentos acerca de tímidas aperturas y apresuradas cerrazones que se detectan por do-

quier, o sería mera casualidad?—, inquietos beales cerraron las puertas del aula quince minutos después de iniciada la conferencia y no permitieron la entrada del numeroso público que quedó fuera y que mantuvo su presencia hasta el final del acto.

Paralelamente a estas conferencias se tenía previsto un acto de exaltación religiosa en el Prado de San Sebastián, antiguo quemadero de herejes, al que habían prometido su asistencia personalidades de distintas Iglesias y creídos religiosos. No pudo realizarse este encuentro al ser expresamente prohibido el mismo por oficio del Gobierno Civil.

Igualmente, se ha pretendido colocar una placa conmemorativa en la calle Jamerdiana, esquina a Reinos, en la casa que se presume nació el gran poeta y político exiliado, si bien hasta la fecha, los promotores se están encontrando con ciertas reticencias, e incluso negativas por parte de los propietarios, que miran con desconfianza este deseo de reivindicar a un escritor «político». ■ F. ALVAREZ PALACIOS.



En 1954, Jung posa, junto a su mujer, en los Estados Unidos.

CARL JUSTAV JUNG, UN GNOTICO CONTEMPORANEO

A los cien años de su nacimiento, la figura controvertida de Jung continúa en plena vigencia. Fernando Savater así lo estudia en un artículo que publica «Tiempo de Historia» en su noveno número. Jung fue el creador de la «psicología analítica», radical modificación del concepto del inconsciente propuesto por Freud; según Jung, el inconsciente adquiere una densidad de incontables repercusiones filosóficas, religiosas e incluso políticas a través del análisis del «inconsciente colectivo».



Jung, en su estudio.

LEALO
EN EL NUMERO 9 DE
TIEMPO de HISTORIA

da se reproducen diversas fotos del bandolero «Pasos Largos», que como se sabe es posterior a todo lo narrado en el libro y no aparece, por tanto, para nada en él (6). ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

(6) Sobre el tema de los bandoleros pueden verse los dos trabajos de José Antonio Gómez Martín, publicados en TRIUNFO números 438 y 439, recogidos posteriormente en el libro «Bandolerismo, santidad y otros temas españoles». Castellote, 1972.

«Jonathan Harker? I am Dracula...»

Con excesiva frecuencia se concede el apelativo de «mito» a cualquier realidad efímeramente notoria por obra y gracia de los omnipotentes «mass media». Así encontramos mitos en las artes, en el deporte, en la política, en el crimen (subgénero especializado de la política), etc... Gillo Dorfles, Roland Barthes y Umberto Eco han estudiado algunos casos principales de esta mitología de urgencia que, si bien en algunos casos realiza auténticos arquetipos de perdurable eficacia legendaria, en otros muchos sólo perpetúa las imágenes de fábrica nualmente memorables de la producción televisada o periodística. El cine ha contribuido decisivamente tanto a la creación de algunos mitos propios como a la consolidación definitiva de varios otros, con origen en el folklore y la literatura. Uno de los más antiguos y extendidos es el del vampiro, al que la afortunada conjunción de un mediocre escritor irlandés y el séptimo arte ha dotado de un nombre de indiscutible raigambre mítica: Drácula. No cabe duda de que el demoníaco conde transilvano protagoniza uno de los más irrefutablemente logrados mitos de la modernidad, vigorosa aleación de inconfesables anhelos y de nostalgias desahuciadas. La perversa vitalidad de Drácula es asombrosa:

no sólo resiste los innumerables empalmamientos que la cinematografía le propina sin tregua, sino que también sobrevive a los «tours» que las agencias de viajes montan por sus dominios rumanos y a las interpretaciones de beatos **evhemeristas** que resumen su leyenda en un gastado emblema de la explotación que la corrupta aristocracia imponía al pueblo laborioso. Es más fácil, pensará el vampiro, esquivar la muerte que la estupidez o la trivialidad.

El vampiro no es tan sólo cristalización más o menos pueril del temblor de cada noche, sino protagonista del ansia más honda e inexcusable del hombre: no morir. ¿Dónde hallar la clave de la inmortalidad? **Simil similibus curantur**: la planta que sana de la muerte debe crecer en la tumba misma, la putrefacción encierra el secreto de la incesante regeneración de los tejidos, una utilización adecuada de los atributos del difunto perpetuará el palpitante de la vida. Negarse a morir es la transgresión por excelencia, la insuperable violación del orden; por eso el vampiro se convierte en el criminal por antonomasia y merece sin hipébole el título de «Príncipe de las tinieblas», que parecía atributo exclusivamente reservado a Satán. Negarse a morir es negarse a obedecer, sin más, escamotear la raíz misma de la obediencia. El vampiro profundiza en las pompas y obras de la muerte para conquistar el renacimiento, la consciencia inacabable y, más allá de todo esto, el poder: sólo quien se atreve a invertir conscientemente el gesto de la muerte alcanzará vitalidad eterna. Los objetivos que Fausto pretendió conseguir pactando con el diablo son demasiado modestos, pues sólo quiso retrasar unos años la muerte y, entre tanto, disfrutar de poderío; la muerte y el infierno le amargaban la dicha en el horizonte. Drácula vence a la muerte con

la muerte misma y acepta sin regatear la condenación, pues sabe que el infierno no es sino esa vida inacabable y poderosa a la que aspira.

La bibliografía sobre el tema es abundantísima; a ella debe unirse este libro (1) de Leonard Wolf, profesor americano nacido en Transilvania, que tiene bastante más encanto que las habituales historias sobre el **voivoda Vlad Tepesch**, el Gran Empalador que, mediando los siglos y el demonio, llegó a ser el Gran Empalado. El primer acierto del libro de Wolf es huir de todas las «interpretaciones» sociologistas, psicoanalíticas o estructurales, tentadores perdederos capaces de banalizar pedantemente los más interesantes rasgos míticos. Wolf se deja llevar por su capricho y su intuición: en vez de ir directo al tema, gira excéntricamente en torno a él, pasando del sexo a la sangre, de la muerte al terror, de una versión sinóptica de la novela de Stoker a una charla con Christopher Lee... El conjunto se lee con agrado, tiene bastante gracia y es moderadamente penetrante en ocasiones. El autor tiene demasiado asumido su papel de «profesor progre en el liberado mundo juvenil de California» (al parecer ha escrito un libro sobre la «Love Generation»), pero quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. El traductor no ha colaborado precisamente al éxito del libro, sobre todo en lo concerniente a la jerga contracultural: traduce «he was very high» por «él era muy alto» y «gay people» por «gente alegre». Así, cualquiera.

Bram Stoker no era un gran escritor, pero escribió un gran libro (2). Tod Browning y Terence Fisher son grandes directores, a los que debemos excelentes versiones del mito. Pero la fuerza de Drácula es toda suya... y, por simpatía, nuestra, pues todos hemos cruzado o tendremos que cruzar el Paso del Borgo, diciendo con un